



LOS NIÑOS EN LA MIGRACIÓN FAMILIAR DE JORNALEROS AGRÍCOLAS

*Kim Sánchez Saldaña*¹

INTRODUCCIÓN

De acuerdo con una encuesta realizada en diferentes zonas de atracción de jornaleros migrantes, durante 1994, uno de cada cinco trabajadores tenía entre seis y 14 años de edad (SEDESOL/PRONJAG 1998). Los menores, por lo común, trabajan en los campos agrícolas a partir de los ocho años y su contribución al ingreso familiar es muy significativa, llegando a representar hasta una tercera parte del mismo. Su temprana incorporación al trabajo y a la experiencia migratoria condicionan, de manera inevitable, los valores, actitudes y expectativas de esta población infantil y adolescente.

Históricamente, la articulación estructural de regiones capitalistas desarrolladas con regiones menos dinámicas, vía migración laboral, ha sido una alternativa de diversificación económica para los hogares campesinos, acorde a sus estrategias de reproducción social. En la actualidad, la elevada presencia de niños y adolescentes en campos agrícolas, está enmarcada en el aumento de las presiones económicas que sufren amplios sectores del campesinado, producto de la aplicación de políticas que los excluyen y marginan.

La identificación y caracterización de los niños y niñas jornaleros migrantes que se incorporan de manera sistemática, junto con sus familias, a diferentes mercados regionales e interregionales dentro del territorio nacional, es una tarea fundamental para conocer a profundidad esa problemática y desarrollar cualquier tipo de acción institucional tendiente a mejorar sus condiciones de vida.

El presente documento muestra parte de los resultados de un estudio sobre el estado de conocimiento existente acerca de este sector de población infantil y su relación con la problemática de la migración rural en México.² El procesamiento de la

¹ Doctora en Antropología, investigadora del Área de Investigaciones Documentales de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM.

² Parte sustantiva de este estudio ha sido resultado de mi colaboración como asesora en temas de migración durante 1998, en el proyecto de "Diseño de un Modelo de Atención Educativa a Nivel Primaria para Niños y Niñas Jornaleros Agrícolas Migrantes", que desarrolla la Subsecretaría de Educación Básica y Normal de la SEP (Sánchez y Jaramillo, 1998). Dicha experiencia me permitió acceder a diferentes materiales documentales y datos estadísticos, generados por instituciones oficiales, organismos académicos, ONGs, investigadores y especialistas en la temática y áreas afines, a los que se suma mi propia experiencia de trabajo de campo en los estados de Guerrero y Morelos.



información está guiado por criterios analíticos e interpretativos que permitan ir más allá de los informes descriptivos, en la certeza de que sólo una comprensión profunda de las condiciones y modalidades en que los niños se incorporan a procesos económicos y sociales de gran complejidad, puede contribuir a transformar su situación actual.

En un primer apartado, este trabajo ofrece un panorama general de la población jornalera migrante y el impacto que sobre este amplio sector social tiene el impulso de políticas neoliberales y la actual fase de integración de México a la economía global. En segundo lugar, se focaliza sobre aquellos flujos con alta presencia de mano de obra infantil, a saber, de migración familiar estacional orientada principalmente a las regiones agroexportadoras del noroeste del país y, en menor medida, a otras zonas de cultivos agroindustriales tradicionales.

Para ilustrar las condiciones de vida y de trabajo de los niños y niñas jornaleros, en el siguiente apartado, se sintetizan las características generales de algunas de las principales zonas de atracción de familias jornaleras migrantes. A partir de esa evidencia empírica, se incorporan reflexiones sobre factores sociales y culturales que condicionan las estrategias de adaptación de esas familias en las regiones de destino. Un aspecto directamente relacionado con esa problemática tiene que ver con la creciente participación de población indígena en la migración jornalera (Rubio, 1998), lo cual es un elemento decisivo en la configuración de una nueva etapa de la migración interna en el país. Por tanto, los niños indígenas jornaleros migrantes constituyen parte sustantiva de este universo social, cuya condición de desigualdad como miembros de minorías étnicas, los coloca en situación especialmente vulnerable. En consecuencia, la dimensión sociocultural es una faceta clave para entender las formas de articulación, el entorno social y los escenarios cambiantes en donde se desenvuelve la infancia y adolescencia de estos niños y jóvenes trabajadores.

JORNALEROS Y DESARROLLO AGRÍCOLA EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN

Los jornaleros agrícolas conforman un grupo de población heterogéneo y diverso desde el punto de vista económico, social y cultural. Incluye tanto a trabajadores agrícolas sin tierra como a campesinos minifundistas; a hombres, mujeres y niños; algunos mestizos y otros indígenas. Todos ellos participan de forma y grados diversos dentro del mercado de trabajo asalariado en el medio rural.

Debido principalmente a esta heterogeneidad y a su alta movilidad espacial, existen serias dificultades para elaborar cálculos precisos sobre el volumen total de jornaleros agrícolas en México.³ El Programa Nacional de Jornaleros Agrícolas (PRONJAG) estima que, a fines de los 90, alrededor de un millón de estos trabajadores eran migrantes que se trasladan, solos o acompañados de sus familias, a diferentes regiones agrícolas del país.

³ En 1996, la Secretaría de Trabajo y Previsión Social estimaba que había en el país 2,7 millones de personas que trabajaban como peones en el campo (Datos citados por SEDESOL/PRONJAG 1998).



En cada región y caso concreto, la intensidad y duración de la migración jornalera varía en función del tipo y magnitud de los cultivos comerciales que los demandan, así como del nivel o grado de especialización de las labores agrícolas. Parte de estos trabajadores se establecen en forma definitiva en las zonas de atracción, convirtiéndose en migrantes asentados que viven por largas temporadas en las localidades rurales próximas a los campos agrícolas o forman nuevos poblados.

NIÑOS JORNALEROS: ¿FACTOR DE REGULACIÓN DEL MERCADO O RETAGUARDIA EN LAS ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN FAMILIAR?

Al terminar de cosechar sus pequeñas milpas y luego que pasa la tradicional fiesta del Día de Muertos, el 2 de Noviembre, muchas familias de las comunidades de la Mohonera, Atlixnac, Chiepetepepec y otras varias de la región de la Montaña de Guerrero, se preparan para la llegada de los enganchadores que los llevarán a trabajar en la cosecha del ejote en los valles del oriente de Morelos.

El reclutamiento, el transporte, la organización del trabajo y el pago a los jornaleros está a cargo de estos intermediarios, quienes se apoyan en vínculos de parentesco, paisanaje y amistad con los propios jornaleros para garantizar el suministro de la fuerza de trabajo a la fluctuante demanda de obra en los cinco a seis meses que dura la cosecha.

Algunos de los mecanismos de regulación de la oferta de trabajo descansan en las formas de organización familiar de los jornaleros y sus prácticas de reproducción social. Por ejemplo, cuando el trabajo escasea, es común encontrar que las mujeres y los niños reducen su participación en el trabajo en el campo, aprovechando el tiempo liberado para descansar, hacer labores de limpieza, recolectar leña para cocinar y preparar alimentos; también, cuando la familia ha logrado cierto ahorro con sus ingresos, esta circunstancia permite enviar a uno de sus miembros al pueblo para atender asuntos pendientes. En contrapartida, cuando el trabajo se intensifica y/o los capitanes están presionados por cumplir sus contratos, éstos propician que los jornaleros sean apoyados por todos sus familiares en exhaustas jornadas de sol a sol, en ocasiones tan sólo interrumpidas por el traslado de la cuadrilla en camiones de carga de una huerta a otra, momento que aprovechan para medio descansar y mal comer. Los niños jornaleros, desde los ocho años – pero sobre todo a partir de los 10– se someten entonces a regímenes más intensivos de trabajo, tratando de lograr el ritmo acelerado de sus padres y demás jornaleros adultos; los niños menores que sólo acompañan a sus padres, incluyendo los pequeños lactantes, suelen quedarse a la orilla de los campos, cuidándose entre ellos mismos, bajo la ocasional atención de sus madres o hermanos mayores.

Análisis recientes sobre la problemática de los mercados laborales agrícolas y sobre la migración interna en México, coinciden en señalar que asistimos a una etapa de profundización y diversificación del proceso migratorio rural-rural (y no sólo de la migración internacional como ocurrió en décadas anteriores), en la cual se modifican sus ritmos, tipos y temporalidad (Corona, 1993; Sifuentes, 1994).

Este panorama tiene sus antecedentes inmediatos en las transformaciones económicas y sociales producidas en el sector a partir de los años 80 que, en conjunto, han profundizado la dependencia de las familias rurales del trabajo asalariado (sea en centros urbanos, en la agricultura regional, en las zonas de expansión agroindustrial o en Estados Unidos).

Entre los cambios más significativos que reflejan el impacto de esta nueva fase de integración de la economía mexicana a la economía global, se encuentra el impulso



de un nuevo modelo de desarrollo rural que privilegia la agricultura empresarial de exportación de cultivos no tradicionales, cuya expansión obedece al desarrollo de mercados internacionales muy competitivos.⁴ Además, el mayor control de los recursos productivos del sector agropecuario en manos de capitales privados (con activa participación de empresas transnacionales), ha sido posible en virtud de la aplicación de políticas neoliberales que propician la desregulación de los mercados rurales (de bienes primarios, de tierras, de capital y de trabajo).⁵ La polarización social resultante de esos procesos no sólo amenazan las perspectivas de desarrollo del campesinado, sino también han repercutido negativamente en la situación de los trabajadores rurales, por medio del sometimiento a regímenes laborales intensivos, con salarios deprimidos y de escasa cobertura social.

Obviamente, todo ello tiene consecuencias directas sobre la composición, volumen, intensidad y dirección de los flujos migratorios de jornaleros. Expresión de este fenómeno es la creciente incorporación a corrientes migratorias y a relaciones asalariadas de indígenas, mujeres⁶ y niños. En correspondencia con ello, también se ha registrado un aumento significativo de la migración familiar.

Las regiones de atracción de jornaleros en gran escala comprenden, justamente, un dinámico sector empresarial agroexportador cuyos principales productos son hortofrutícolas. Sin embargo, no debe perderse de vista la importancia del empleo generado por los pequeños y medianos productores orientados a producir bienes de consumo para el mercado interno, además de aquellos integrados a procesos agroindustriales como es el caso de la caña de azúcar, el tabaco y el café. Este segundo tipo de productores predominan en las llamadas zonas intermedias,⁷ que representan un escenario complejo de múltiples flujos migratorios de jornaleros de carácter intraestatal e interestatal (de entidades vecinas).

Por tanto, las unidades agrícolas que contratan mano de obra migrante son muy disímiles entre sí, con estrategias productivas diferentes, cuyo común denominador es la explotación comercial de cultivos con altos requerimientos de mano de obra.

La modernización de la producción agrícola también ha significado mayor complejidad del mercado de trabajo, a través de la diversificación y especialización

⁴ Se trata, en general, del auge de la agricultura de exportación no tradicional (AENT), que comprende cultivos de alto valor agregado que no han sido parte de la canasta agroexportadora del país en los pasados decenios, pero también incluye productos frescos que se producían “tradicionalmente”, que ahora se adaptan a los estándares de selección, empaque y marca, entre otros, que exige el mercado internacional. En México, la AENT está representada por frutas, hortalizas (frescas y congeladas) y flores (Marañón, 1997). Ello ha implicado diferentes procesos de reestructuración productiva, que conlleva nuevas formas de organizar la producción, la comercialización y el uso de la fuerza de trabajo, todo lo cual tiene efectos sobre el empleo rural (Lara, 1996).

⁵ Ejemplo de ello es la disminución de créditos y proyectos de desarrollo para pequeños y medianos productores, el desmantelamiento de empresas estatales y paraestatales de producción y comercialización de productos agropecuarios, así como las modificaciones a la legislación agraria en materia del régimen de propiedad ejidal.

⁶ Se estima que en la actualidad las mujeres constituyen alrededor de un tercio del total de jornaleros que trabajan en el campo mexicano (Hewitt, 1992)

⁷ El Programa Nacional con Jornaleros Agrícolas (PRONJAG) ha definido tres tipos de regiones: atracción, intermedias y de expulsión. La primera corresponde a los mercados de trabajo de gran escala que atraen trabajadores de diferentes partes del país; la segunda corresponde a mercados regionales más limitados y a mercados locales; la tercera, como su nombre indica, representan los mercados sin capacidad de generar empleo continuo para la mano de obra local (SEDESOL/PRONJAG 1998).



de tareas dentro y fuera del predio, sobre todo en aquellos productos que requieren de tareas específicas de selección y empaque.⁸

Generalmente, en cada región y unidad agrícola, se distinguen los trabajadores de mayor especialización de aquellos considerados de escasa o nula calificación, cuyas principales actividades son el corte y recolección del producto. En consecuencia hay espacios específicos de oferta y demanda para cada tipo de trabajador, que implican diferencias en las condiciones de empleo, en los sistemas de remuneración, en los niveles de ingreso, la duración del trabajo, entre otros elementos. La evidencia empírica muestra que, en términos globales, las actividades poco calificadas, y por lo mismo, con remuneraciones más bajas, concentran a los trabajadores migrantes que son en su mayoría indígenas. En cambio, en las actividades de mayor calificación predominan los trabajadores locales y asentados sobre los migrantes; en cuanto a su condición étnica, se puede generalizar que son trabajos dominados por mestizos. Dependiendo del tipo de producto y región, se incorpora la mano de obra familiar, bajo régimen de contratación directa o subsumidos bajo el contrato del jornalero jefe de familia.

Dado que el mayor volumen de demanda se concentra en época de cosecha, los productores se ven obligados a fomentar diversos mecanismos de reclutamiento de trabajadores –a veces a grandes distancias–, para lo cual utilizan diferentes tipos de intermediarios. Durante su estadía en el nicho migratorio los jornaleros viven en localidades cercanas a los campos agrícolas, en campamentos o albergues construidos con ese fin. Desde el punto de vista de las comunidades receptoras, la masiva presencia de estos trabajadores transitorios genera diferentes problemas de infraestructura y servicios.

Por otra parte, el bajo poder adquisitivo de los salarios rurales, la inestabilidad del empleo, el nivel de subempleo y la abundancia de mano de obra con frecuencia obliga a los jornaleros a competir entre sí y dificulta su posibilidad de mejorar su situación laboral y condiciones de vida. Esta situación no es nueva en este tipo de mercados de trabajo eventual y de baja calificación, sin embargo, el deterioro generalizado de los estándares laborales en el medio rural, hace a los jornaleros migrantes el sector más vulnerable de los trabajadores agrícolas.⁹

En este sentido, la masiva presencia de mano de obra femenina e infantil, así como el aumento de población indígena en los mercados agrícolas, revela la incorporación de nuevos grupos sociales que constituyen sujetos *ad hoc* para una política laboral que supone la desvalorización del precio de la fuerza de trabajo (Lara, 1991: 109).¹⁰

⁸ Se trata, por ello, de un mercado altamente diferenciado o segmentado, que varía de acuerdo con el tipo de cultivo, con el grado de avance tecnológico, con las características de las unidades agrícolas y de los productores, con el destino de la producción, así como con la magnitud y perfil de la fuerza de trabajo disponible.

⁹ La precarización del trabajo es considerada una de las tendencias más importantes del mercado laboral agrícola latinoamericano (Carton, 1992; Lara, 1991, 1996). Su modalidad idónea es el trabajo eventual, ya que se paga estrictamente el trabajo realizado, sin incluir los tiempos muertos ni el salario indirecto (seguro social, vacaciones, alojamiento, etcétera).

¹⁰ La autora sostiene la idea de que los márgenes para la intensificación y uso flexible de la fuerza de trabajo por parte de los empleadores se amplían al disponer de este tipo de trabajadores (mujeres, niños e indígenas), ya que son considerados mano de obra barata, social y culturalmente sometidos a diferentes situaciones de discriminación que se traducen en falta de mejores oportunidades de empleo.



En síntesis, las condiciones de empleo de la agricultura son en general difíciles y precarias, con niveles mínimos o sin ningún tipo de protección en lo referente a la estabilidad laboral, las remuneraciones y la seguridad social.¹¹ Más aún, existe evidencia que confirma que, a partir de los 80, el incremento de la rentabilidad en la agricultura empresarial en México está en relación directa con la reducción del costo del trabajo (Goicochea, 1998).

Frente a esta realidad compleja y diversa se ha considerado pertinente profundizar sobre la caracterización de la población jornalera que integra la migración estacional, debido a dos razones fundamentales: su importancia en el conjunto de los flujos de migración rural-rural;¹² y por la elevada concentración de la migración de tipo familiar.

MIGRACIÓN FAMILIAR Y REGIONALIZACIÓN DE LOS MERCADOS DE TRABAJO

De modo breve se puede definir a la migración temporal de carácter estacional como aquella que se orienta a cubrir las necesidades de mano de obra en determinadas actividades del ciclo agrícola, por lo común en la cosecha de cultivos comerciales con elevado insumo de trabajo (por ejemplo la pizca de jitomates o la zafra cañera); y que al concluir ese periodo de demanda intensa, esos trabajadores retornan a sus lugares de procedencia; la recurrencia cíclica de estos desplazamientos ha llevado a que este tipo de migración se le llame también pendular. Se diferencian de la migración itinerante, también conocida como golondrina, en la que los migrantes son jornaleros permanentes que se desplazan entre diferentes regiones agrícolas, siguiendo las cosechas y buscando continuidad en el empleo.

A esta clasificación general se suman los migrantes asentados antes mencionados y podrían añadirse otros subtipos más específicos, cuestión que, por el momento, se aleja de nuestro propósito. Lo que interesa puntualizar es que no se trata de categorías cerradas ya que, en contextos rurales concretos, estos patrones migratorios pueden presentarse simultáneamente y la condición de los migrantes, en lo individual, puede variar en el tiempo, encontrarse en un momento de tránsito de una u otra categoría migratoria o, incluso, dentro de una misma familia puede haber diferentes clases de trabajadores migratorios.

Tomando en cuenta estas consideraciones, la clasificación antes mencionada sirve para referir a ciertos patrones generales de comportamiento de los jornaleros y las formas en que participan en el mercado de trabajo.

¹¹ Numerosos estudios y diagnósticos en diferentes regiones agrícolas del país documentan las difíciles y penosas condiciones de trabajo, el carácter insatisfactorio de las viviendas, la carencia de agua potable y otros servicios, además de la casi total ausencia de prestaciones sociales (servicio de salud, seguro contra accidentes, pago de vacaciones y días feriados, etc.). También hay que decir que la situación es muy variable de una región a otra, ya que la organización de los jornaleros en sindicatos y la intervención de autoridades públicas ha generado condiciones más favorables para la promoción de sus niveles de vida y defensa de sus derechos laborales en entidades como Sinaloa (Vaneckere, 1988; Sánchez Muñozhiero, 1992).

¹² Reiteramos que no existen datos estadísticos confiables y actualizados sobre los jornaleros agrícolas, y menos aún de los migrantes temporales; sin embargo, las instituciones e investigadores especializados en el tema coinciden en señalar que la migración estacional constituye el volumen más significativo de jornaleros migrantes.



Así, en relación a la composición de estos distintos flujos migratorios, se puede afirmar que –al igual que en otros países de América Latina– la migración itinerante o golondrina, se presenta en mayor medida entre los trabajadores sin tierra. En cambio, la migración temporal, de carácter pendular, es más frecuente entre miembros de unidades domésticas campesinas que poseen algún tipo de explotación agropecuaria en sus lugares de origen (pequeños propietarios, ejidatarios, comuneros o medieros), cuyos rendimientos son insuficientes para cubrir las necesidades de consumo durante todo el ciclo anual; se trata, por tanto, de jornaleros/campesinos (Balán,1980).

En su desarrollo histórico, los mercados de trabajo asalariado agrícola con alta demanda estacional de mano de obra, han generado formas de articulación estructural entre la agricultura capitalista y la agricultura de subsistencia, entre regiones más desarrolladas y regiones menos desarrolladas del medio rural (Balán, *ibid*).

Si los centros de atracción se localizan a considerable distancia, estos migrantes se trasladan de modo preferente con sus familias, ya que ello no sólo les permite reducir los costos de mantenimiento del grupo durante ese periodo, sino también aumenta sus ingresos en los casos donde otros miembros de la familia se incorporan al trabajo asalariado. La participación directa de mujeres y niños al trabajo varía en función del tipo de cultivo y sistemas de trabajo imperantes. Por ejemplo, el corte de caña ha sido, y continua siendo, una actividad en la que predominan los hombres adultos, mientras que en la cosecha de productos hortícolas participan hombres, mujeres y niños.

La composición y procedencia de estas familias, así como las características de las regiones de atracción se pueden resumir del siguiente modo:

Composición y procedencia

1. Son en su gran mayoría unidades familiares campesinas con algún tipo de explotación agropecuaria en sus lugares de origen (pequeños propietarios, ejidatarios, comuneros o medieros). En estas actividades se integra mano de obra familiar de acuerdo con una división de trabajo acorde a sus necesidades y normas culturales establecidas.
2. Los tiempos de la migración están condicionados de manera importante –pero no exclusiva–, por el ciclo agrícola en la propia parcela.¹³ De allí que el momento propicio para migrar corresponda al periodo posterior a la cosecha de sus parcelas y que busquen retornar al periodo previo a la siembra del siguiente ciclo.
3. Proceden de pequeñas localidades dedicadas a agricultura de subsistencia, en tierras de temporal o secano, ubicadas en regiones con altos índices de marginación socioeconómica.

¹³ Intervienen también otros factores como el tamaño y composición de la familia, la división del trabajo en su interior, el tamaño e importancia del predio familiar, entre otros.



4. En gran medida, las localidades de origen de estos flujos migratorios pertenecen a las categorías de Municipios Indígenas (70% y más de Hablantes de Lengua Indígena) y Municipios de Alta Concentración Indígena (rango de 30 a 69% de HLI).¹⁴
5. Los principales estados expulsores son Oaxaca y Guerrero. Tales entidades aportan jornaleros a prácticamente todos los mercados agrícolas del país. En particular, sobresalen las regiones de la Mixteca y los Valles Centrales, de Oaxaca, y de la región de la Montaña en Guerrero. Se trata de regiones pluriétnicas con predominio de mixtecos, zapotecos, triquis, nahuas¹⁵ y tlapanecos.

Regiones de atracción

1. Se caracterizan por concentrar superficies de cultivos intensivos en mano de obra, sobre todo en época de cosecha, entre los que destacan: jitomate y hortalizas en general; algunos frutales de corte anual; los cultivos industriales de café, tabaco y caña de azúcar.¹⁶
2. En general se trata de cultivos que se producen en ciclo otoño-invierno (con excepción de la caña de azúcar).
3. Los periodos de mayor demanda abarcan los meses de noviembre a abril, con variaciones según el tipo de cultivo y sistema de explotación. Respecto a este último vale mencionar que la producción escalonada de hortalizas de exportación "alarga" el periodo de cosecha y permite intensificar el uso de mano de obra en otras labores de cultivo. En el caso de la caña de azúcar, la temporada de zafra abarca de noviembre a mayo.
4. Los tiempos de estadía promedio de los migrantes pendulares se pueden resumir en dos grupos: *a)* Menores a cuatro meses; y *b)* cuatro a seis meses.

Es posible identificar la presencia de familias migrantes de jornaleros agrícolas a partir de aquellas entidades y regiones en los que se concentra una estructura de cultivos con altos requerimientos de mano de obra. Para tal fin se seleccionaron los siguientes cultivos:

Hortalizas: jitomate, chile verde, pepino, calabacita, ejote.

Frutales: uva (fresca, industrial y pasa).

Industriales: café, tabaco, caña de azúcar.

Las tendencias de las migraciones familiares según los polos de atracción, tipos de cultivo y mercados laborales, se sintetizan en el Cuadro 1.

¹⁴ Estas categorías han sido tomadas de la terminología utilizada por el Consejo Nacional de Población para describir la relación proporcional de población indígena (tomando como parámetro básico el uso de lengua indígena) a nivel municipal (CONAPO y Comisión Nacional del Agua, 1994).

¹⁵ En mucho menor medida, pero con incidencia en algunos mercados regionales, sobresalen otras zonas expulsoras de población indígena, como es el caso de comunidades de huicholes, coras, tepehuanos y mexicaneros (localizados en los estados de Nayarit, Jalisco y Durango); o bien, de nahuas y huastecos en la Región de la Sierra Huasteca de San Luis Potosí (Rubio, *op. cit.*; Sánchez y Jaramillo, *op. cit.*).

¹⁶ Para dar una idea de los requerimientos de fuerza de trabajo de estos cultivos se puede mencionar que medido en jornales por hectárea, mientras el maíz demanda 27.39 Jor/ha, hortalizas como el jitomate requieren 122.29 Jor/ha, la uva 127.33 Jor/ha, el café 93.88 Jor/ha y el tabaco 167.58 Jor/ha (Zuloaga *et al.*, 1994).



CUADRO 1. MIGRACIÓN FAMILIAR Y REGIONALIZACIÓN DE LOS MERCADOS DE TRABAJO

REGIÓN	ENTIDAD	CULTIVO					TIPO DE MERCADO
		Hortaliza	Uva	Café	Tabaco	Caña	
Noroeste	BC y BCS	●	●				I
	Sonora	●	●				I
	Sinaloa	●				●	I
Oeste	Nayarit	●		●	●	●	R
	Jalisco	●				●	R
	Michoacán	●				●	R
Centro-Norte	San Luis Potosí	●				●	R
Centro	Morelos	●				●	R
Golfo	Veracruz			●		●	R
Sureste	Chiapas			●		●	I

Notas:

- 1) La regionalización propuesta corresponde, *grosso modo*, a la propuesta de PRONJAG.
- 2) El sombreado corresponde a las principales entidades productoras a nivel nacional en el rango de 50% y más de la producción total (ton.).
- 3) Tipología con base en la forma predominante del mercado de trabajo, donde:
 - (I) Mercados interregionales: Migraciones de gran escala y desplazamientos a larga distancia.
 - (R) Mercados regionales: Migraciones de menor dimensión y distancia, intraestatales e interestatales, por lo común en entidades colindantes.
- 4) Chiapas representa un caso peculiar debido a que constituye un polo de atracción de migrantes internacionales procedentes de Guatemala.

Fuentes: Elaborado con base en los informes sobre flujos migratorios de varias fuentes y a SAGAR. *Anuario*.

Población infantil en Zonas de Atracción

Como ya se ha mencionado, el mercado de trabajo asociado a la producción hortofrutícola constituye una de las principales fuentes de empleo de los jornaleros migrantes y en donde se concentra el mayor número de niños. Geográficamente, las entidades en que se localizan estos grandes polos de atracción son: Baja California, Sonora y Sinaloa; última de las cuales constituye el mercado de trabajo estacional más dinámico del país.

El auge de la agroexportación de esos productos está directamente relacionada con la expansión de la demanda estadounidense de esos productos. Capitales nacionales y empresas transnacionales producen en suelo mexicano, utilizando como ventaja comparativa el bajo costo de la mano de obra.¹⁷

¹⁷ Durante la segunda mitad de los años 80, el costo de la mano de obra se redujo en un 38% en términos reales. Los jornales en México fluctúan entre 3 y 4.5 dólares por día, mientras que en Estados Unidos van de 5 a 6 dólares por hora (Gómez y Caraveo, 1990).



La importancia cuantitativa de estos mercados de trabajo puede ser ilustrada con los siguientes datos estimados por el PRONJAG en las regiones más representativas de Baja California y Sinaloa.¹⁸

<i>Valle de San Quintín, BC:</i>	20,000 jornaleros (temporada 1991)
<i>Valle de Mexicali, BC:</i>	14,000 jornaleros (temporada 1996-1997)
<i>Valle de Culiacán, Sin.:</i>	55,739 jornaleros censados en 123 albergues (temporada 1995-1996).

En cuanto a los patrones migratorios se puede afirmar que son mercados de alta movilidad laboral en la que participan migrantes asentados, pendulares e itinerantes. La relación proporcional de la migración pendular varía en cada región específica, como resultado de diferentes estrategias empresariales de reclutamiento, contratación y retención de la fuerza de trabajo, así como de las propias estrategias de auto-reclutamiento e inserción laboral de los propios flujos migratorios.

Baja California

En Baja California, por ejemplo, existe una tendencia al asentamiento de las familias migrantes, patrón que se combina con el empleo estacional en campos norteamericanos de hombres adultos.¹⁹ En menor medida, se registra la afluencia de migrantes golondrinas que se movilizan entre Sinaloa, Sonora y Baja California, aprovechando las temporadas de alta demanda de trabajo; así como de familias de migrantes pendulares. Una encuesta realizada en 1992, entre 210 familias migrantes en el Valle de San Quintín, revela que más de dos terceras partes se encuentran asentados o en proceso de asentamiento.²⁰ Esta tendencia y la formación de poblaciones de jornaleros agrícolas es aún más marcada en otras regiones agrícolas de esa entidad (valles de Mexicali, Trinidad y Ojos Negros).

Con relación a la población infantil, se puede mencionar que el estudio realizado en el Valle de San Quintín (PRONJAG-UNICEF, *op. cit.*) indica que, cualquiera sea la categoría migratoria de los jornaleros, uno de cada cinco trabajadores tenía entre ocho y 14 años de edad, lo cual significaría que en temporada alta se emplean alrededor de cuatro mil menores en esos campos agrícolas. Su principal ocupación no se circunscribe a las actividades de recolección, ya que también se les demanda para labores de cultivo. También en ese estudio se calcula que el ingreso promedio

¹⁸ Los datos corresponden a encuestas y censos levantados por personal del PRONJAG en diferentes años. En el caso de la información relativa al Valle de San Quintín (BC), los datos actualizados están en procesamiento, mientras que la cifra estimada para el Valle de Mexicali fue proporcionada por funcionarios de esa institución. En cuanto a los datos sobre Sinaloa, nos basamos en el diagnóstico estadístico del PRONJAG (1997), elaborado con base en un censo de jornaleros en 123 de los 164 campos agrícolas con albergues registrados en el Valle de Culiacán.

¹⁹ Diferentes estudios muestran que el Valle de San Quintín se ha constituido en una fuente de reserva de mano de obra para la agricultura empresarial californiana. En esta migración transfronteriza participan mayoritariamente hombre jóvenes, que alternan esa actividad con el empleo agrícola en campos mexicanos; en tanto, el resto del núcleo familiar reside durante todo el año en Baja California, dispuestos a trabajar también en los diferentes cultivos (Zabin, 1997).

²⁰ En la muestra, el 46% eran familias asentadas (más de cuatro años de residencia); 23% estaban en proceso de asentamiento (uno a cuatro años de residencia) y 27% fueron considerados circulares (golondrinas y pendulares) (SEDESOL-UNICEF, 1994).



semanal de niños y niñas era de 40 dólares, representando un aporte económico significativo para sus familias. Las recientes presiones de productores norteamericanos para que se aplique una política de regulación de trabajo infantil, puede modificar sustancialmente la proporción de menores empleados o clandestinizar su situación laboral.

Las condiciones de vida de los niños y niñas jornaleros e hijos de jornaleros está enmarcada en la inestabilidad y limitación de los ingresos familiares, cuestión por lo demás compartida por los jornaleros migrantes en todo el país. Las oportunidades educativas de estos niños y niñas jornaleros han sido mínimas: la mayoría no asisten a la escuela (vivan en albergues o en localidades), casi en la misma proporción no saben leer y escribir y, entre los que sí reciben alguna atención educativa, el nivel de escolaridad se concentra en los dos primeros años de primaria.²¹ El rezago educativo de la población de cinco a 14 años no sólo es resultado de las condiciones de pobreza en que viven y las limitaciones del sistema escolar para darles cobertura, es también producto de factores ideológicos y culturales de distinta índole. Por ejemplo, muchas familias consideran que la educación formal de sus hijos ofrece escasas posibilidades de mejorar en el futuro su condición actual o, al menos, que el empleo remunerado es un medio menos incierto para promoverse social y económicamente.

En otro orden de problemas, diferentes diagnósticos elaborados por el sector educativo han planteado que la oferta del sistema formal escolar no ofrece alternativas a las condiciones de trabajo y de vida de esa población, a la vez que resulta incapaz de brindar un servicio adecuado a las características culturales de una población predominantemente indígena.²²

Sin embargo, hay que señalar que el hecho de que gran proporción de los migrantes estén asentados o en proceso de asentamiento, imprime un sello distintivo en sus formas de vida y estrategias de adaptación a la sociedad receptora. Los esfuerzos orientados a integrarse al nuevo medio y satisfacer sus necesidades básicas, no significa que rompan sus vínculos con las comunidades de procedencia.

En el caso particular de los migrantes indígenas mixtecos,²³ por ejemplo, algunos autores (Kearney, 1986; Besserer, 1998) han señalado que este tipo de asentamientos constituyen comunidades "hijas" o "satélites" de sus comunidades de origen en Oaxaca, con las que mantienen un constante intercambio de personas, dinero, bienes e información; dicho intercambio está fuertemente marcado por prácticas y valores de solidaridad intergrupala, propios de su tradición comunitaria. Además, las redes de relaciones sociales que soportan y perpetúan la migración mixteca hacia Baja California abarcan también a otros grupos de migrantes de igual origen y filiación étnica en el sur de Estados Unidos, lo cual en su conjunto muestra a esa comunidad migrante como una comunidad viva y capaz de aprovechar sus

²¹ Base de datos de la Subdirección de Investigación e Informática del PRONJAG, 1998.

²² Para responder a esta compleja problemática, la SEByN de la SEP ha elaborado un modelo de atención educativa para niños y niñas jornaleros migrantes que se encuentra en fase de prueba.

²³ Es de notar que en el Censo Nacional de Población de 1990, más de la mitad de los hablantes de lenguas indígenas eran de origen mixteco, la mayoría de los cuales se concentraban en el municipio de Ensenada (Nolasco, 1995).



recursos organizativos y culturales para enfrentar las condiciones desventajosas de su inserción económica y laboral.

En correspondencia con ello, las nuevas generaciones de migrantes y los hijos de migrantes indígenas nacidos en Baja California son portadores y protagonistas de un fenómeno relativamente nuevo: la construcción de una identidad cultural dinámica y flexible, desterritorializada y en proceso de construcción de comunidades transnacionales (Besserer, *op. cit.*).

NIÑOS JORNALEROS... (CONTINUACIÓN)

Desde la perspectiva de las necesidades de trabajo del sistema de explotación comercial de hortalizas en la región, las características de la fuerza de trabajo, en cuanto a su composición y organización familiar, se han convertido en un factor estructural que asegura su eficiencia y contrarresta las dificultades de estos pequeños y medianos productores para participar en un mercado altamente competitivo. En este contexto se puede afirmar que la participación de los niños de familias jornaleras constituye una variable en la regulación del mercado de trabajo, que opera como retaguardia de reserva y mecanismo de transferencia del costo de la fuerza de trabajo a los propios trabajadores y sus familias.

Paradójicamente, desde el punto de vista de las familias migrantes, la migración familiar a Morelos representa una alternativa relativamente flexible para asignar y distribuir sus recursos humanos dentro y fuera del surco, lo mismo que entre el trabajo estacional y sus compromisos en la comunidad (de trabajo, familiares o ceremoniales), donde las tareas laborales y domésticas asignadas a los menores son fuente de ingreso complementario y medio de apoyo logístico para la supervivencia del grupo mientras permanece fuera de sus pueblos. Ello refuerza la reproducción de las unidades domésticas como colectivos sociales, manteniendo al grupo unido durante los meses de escasez que se vive en sus comunidades de origen, o incluso como momento de formación de recursos humanos a futuro, ya que se espera que los hijos adquieran experiencia laboral y se inicien en el manejo del español como segunda lengua.

Sinaloa

Como ya se ha señalado, los campos hortícolas del valle de Culiacán constituyen el mercado de trabajo más numeroso y dinámico de la entidad.

Alrededor del 90% de la mano de obra utilizada en la cosecha de hortalizas son migrantes y, de éstos, cerca del 80% proviene de otras entidades, en la mayoría de los casos de Guerrero y Oaxaca. La población jornalera se concentra entre los meses de noviembre a marzo, siendo febrero el mes de mayor densidad de trabajadores externos.

Los estudios y diagnósticos coinciden en señalar que se trata en su mayoría de migrantes pendulares que viajan acompañados de sus familias (PRONJAG, 1997; Barrón, 1997; Muñoz, 1997); muchos de ellos, además, poseen algún tipo de explotación agropecuaria en sus comunidades de origen.²⁴

²⁴ Si bien los censos del PRONJAG no permiten discriminar a los migrantes estacionales de los itinerantes, un estudio de Muñoz (1997) revela que sólo una minoría provenía de otras regiones agrícolas del noroeste o no retornaría a sus comunidades de origen al concluir las cosechas.



En cuanto a su procedencia y condición étnica se puede agregar que gran parte de los migrantes son indígenas oriundos de regiones pluriétnicas en los estados de Oaxaca (Región Mixteca y Región de los Valles Centrales) y Guerrero (Región de la Montaña). También hay que destacar que la información estadística permite inferir una tendencia al aumento –en términos absolutos y relativos– de los flujos migratorios procedentes de Guerrero, respecto a los procedentes de Oaxaca. La lengua indígena predominante es el mixteco, pero también hay hablantes de nahua, zapoteco y triqui.²⁵

Sobre la composición familiar de la mano de obra se puede mencionar que cada jornalero jefe de familia se acompaña de un promedio de cuatro personas, en su mayoría menores de 29 años. Algo más del 60% de esos acompañantes trabajan en actividades remuneradas (Barrón, *op. cit.*), si bien hay que decir que la sobreabundancia de trabajadores hace imposible asegurar pleno empleo para todos los miembros de la familia durante toda la temporada.

Por otra parte, según datos del PRONJAG, el 29% de la población total de jornaleros migrantes tienen entre cinco y 14 años de edad, lo que representaba cerca de 15 mil niños y niñas (temporada 1995-1996).²⁶ De ellos, alrededor de dos terceras partes trabajan directamente en los campos agrícolas. La población infantil ha incrementado su participación durante las temporadas analizadas en el estudio en cuestión. Considerando la información relativa a la composición étnica de los trabajadores migrantes, se puede afirmar que la mayoría de los niños que trabajan son indígenas, y entre ellos, los niveles de monolingüismo han aumentado ligeramente. Al igual que en el caso de Baja California, la mayoría de los niños y niñas no asisten a la escuela y tampoco saben leer y escribir.²⁷ El entorno social y familiar de los niños y niñas migrantes tiene como contexto más amplio los patrones de comportamiento ya mencionados acerca de la migración pendular, que determinan la construcción de un modo de vida que alterna las actividades e interacción comunitaria en la localidad de residencia habitual, con aquéllas propias del nicho migratorio. En cada caso, la familia adecua sus formas de convivencia y división interna de trabajo, acorde a las oportunidades y requerimientos específicos del medio.

En este sentido hay que subrayar, además, que al igual que en otras modalidades migratorias, los migrantes no se encuentran aislados, sino que comparten con muchos otros un origen geográfico común. De manera que los vínculos de parentesco, amistad y paisanaje entre familias migrantes constituyen un espacio social privilegiado para mantener o generar relaciones sociales, de solidaridad y apoyo recíproco mientras se encuentran fuera de sus pueblos. Confirmando lo anterior, es

²⁵ El diagnóstico estadístico del PRONJAG estima que alrededor del 40% de los migrantes censados son hablantes de alguna lengua indígena; sin embargo, es probable que esta proporción sea aún mayor, ya que con frecuencia los indígenas bilingües declaran ser hispanohablantes, por razones ideológico-culturales obvias.

²⁶ Estos datos corresponden al diagnóstico estadístico de PRONJAG antes mencionado que registra información de 123 albergues en el Valle de Culiacán, de 1993 a 1996 (PRONJAG, 1997).

²⁷ Encuesta realizada por el PRONJAG en 1994 albergues, a una población de 1072 menores de cinco a 14 años de edad. En la muestra, el 66% de los niños no asiste a la escuela y 45% no sabe leer y escribir (Datos proporcionados por la Subdirección de Investigación e Informática, PRONJAG).



significativo que en un estudio comparativo sobre familias jornaleras mestizas e indígenas en el Valle de Culiacán (Muñoz, *op. cit.*) concluye que el tipo de cohesión en el primer caso está basado en las relaciones intrafamiliares, mientras que en el segundo en la cultura comunitaria (entre familias de una misma localidad de origen).

Esta cierta continuidad de la interacción comunitaria en el nicho migratorio está reforzada por el hecho de que, en los campos agrícolas, la asignación de viviendas y las cuadrillas de trabajo suelen corresponder con el criterio de paisanaje.²⁸ Esta dimensión social de la vida de las familias migrantes es de suma importancia para entender la situación de los niños. Sobre todo cuando la identidad étnica y comunitaria puede ser reproducida y recreada en función de contrarrestar el carácter precario y transitorio de su experiencia migratoria, así como servir de mecanismo de defensa frente a las relaciones de discriminación social y cultural de que son objeto.

La información disponible sobre población infantil jornalera en los casos antes mencionados es más abundante que la existente para otras zonas de atracción del país. Sin embargo, es posible generalizar que la situación de los niños en Baja California y Sinaloa es, en lo central, similar a la que prevalece en otros mercados de trabajo asociados a los cultivos ya referidos.

En el caso de los polos de afluencia de migrantes regionales de menor amplitud, las condiciones de trabajo y de vida de los jornaleros migrantes tienen características particulares que se derivan, principalmente, del tipo de unidades agrícolas en que se emplean (pequeños y medianos productores). Por ejemplo, en la cosecha de hortalizas en Morelos (Sánchez, 1996), o en el corte y ensarte de tabaco en Nayarit (Sifuentes, 1997), las familias migrantes no cuentan con albergues y su alojamiento depende de los enganchadores o de los propios productores, cuando no construyen techos improvisados para dormir a la intemperie. En este tipo de mercados no hay presencia de sindicatos rurales, las condiciones de contratación son siempre verbales y al margen de la supervisión de las autoridades laborales. En contrapartida, los jornaleros ocupados en explotaciones agrícolas menos desarrolladas, pueden estar sometidos a regímenes de administración laboral menos estrictos (en comparación con las grandes unidades empresariales).

Por otra parte, en la zafra cañera no se presenta una incorporación masiva de trabajadores menores de 15 años;²⁹ sin embargo, en los flujos migratorios asociados con esa actividad, existe una constante presencia de familias que acompañan a los jornaleros y viven temporalmente en los albergues cañeros construidos en décadas pasadas (Paré, Juárez y Salazar, 1987). La mayor parte de esta población se concentra en las regiones cañeras del estado de Veracruz, donde se localiza la tercera parte de los ingenios azucareros del país.

²⁸ Para las empresas empleadores, esta situación es resultado de los mecanismos de reclutamiento y auto-reclutamiento de trabajadores, que tiene ventajas en la administración y supervisión de la fuerza de trabajo.

²⁹ Datos proporcionados por la Subdirección de Investigación e Informática del PRONJAG.



COMENTARIOS FINALES

La información disponible en diagnósticos regionales y estudios de caso brinda elementos suficientes para aseverar que la situación actual de los niños migrantes que participan, directa o indirectamente, en el mercado de trabajo rural es de franca vulnerabilidad económica y social, marginados de los niveles mínimos de bienestar y protección social.

Si en sus propias comunidades de origen los niños participan en el trabajo familiar para la producción y reproducción de la unidad doméstica campesina, ello resulta no sólo de una necesidad económica, sino que también forma parte de su vida cotidiana y de la transmisión cultural de los usos y costumbres del grupo al que pertenece su familia. Sin embargo, su incorporación al trabajo asalariado en los mercados de trabajo migratorio se presenta como un imperativo económico para la sobrevivencia familiar; necesidad refuncionalizada desde la lógica de la agricultura comercial como medio para hacer uso intensivo y flexible de la fuerza de trabajo eventual.

Ello no significa que, desde el punto de vista de las familias jornaleras, la participación de los niños en el ingreso familiar, constituya una forma más de objetivizar la interdependencia y cohesión del grupo. Este hecho, sumado a la existencia de vínculos parentales y comunitarios que entrecruzan los procesos migratorios, pueden ser vistos como factores integradores que contrarrestan el efecto desarticulador de la competencia y la inestabilidad laboral, particularmente característicos de esos mercados de trabajo.

Tanto en el caso de los migrantes indígenas asentados como en los estacionales, se ha sugerido que las estrategias de adaptación a los nichos migratorios reflejan la importancia de sus recursos culturales y organizativos, a la vez que plantean la necesidad de comprender el fenómeno de la etnicidad y la identidad comunitaria dentro de marcos más amplios.

No se trata de subestimar el costo social que representa la ausencia de condiciones objetivas para el desarrollo de estos niños y sus familias en sus regiones y comunidades de origen. Tampoco desconocer el impacto negativo de su explotación como trabajadores, de los riesgos que conlleva la exposición a trabajos penosos y a productos agroquímicos perjudiciales para su salud.

Más bien, lo que se ha tratado de puntualizar es que los jornaleros migrantes no constituyen un actor pasivo frente a las tendencias que hegemonizan las relaciones laborales y de reestructuración productiva en el campo mexicano. Considero que la comprensión de las dinámicas que rigen los modos de vivir y representar su condición actual, como niños trabajadores y miembros de comunidades de migrantes, exige contemplar la relación dialéctica e interdependiente entre los aspectos económicos, sociales y culturales del fenómeno migratorio, así como de la participación activa de los niños y sus familias en la construcción de diferentes estrategias de reproducción social.



Por todo ello, bajo el actual modelo de desarrollo rural se fomenta la integración del sector agropecuario a la economía global; lo cual ha transformado radicalmente las relaciones económicas y socioculturales en el campo mexicano. En lo específico, se asiste a una etapa de mayor complejidad de los mercados de trabajo rural, así como al aumento y la diversificación de las corrientes migratorias de jornaleros. Esto conlleva un deterioro de las condiciones de trabajo y de vida de amplios sectores de la población rural, pero, a la vez, redefine los obstáculos y desafíos que las nuevas generaciones de campesinos e indígenas deben enfrentar para construir alternativas viables de desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

- ◆ BALAN, Jorge. *Migraciones temporarias y mercado de trabajo rural en América Latina*. Buenos Aires, CEDES, Vol. III: 3, 1980.
- ◆ BARRÓN, Antonieta y Emma Lorena Cifuentes Ocegueda (coord.) *Mercados de trabajo rurales en México. Estudios de caso y metodologías*. Facultad de Economía/UNAM, Universidad Autónoma de Nayarit, México, 1997.
- ◆ BESSERER, Federico. “Mixtepec: una comunidad multicéntrica y multinacional”, ponencia presentada en el IV Coloquio Paul Kirchhoff, 19 al 23 de octubre de 1998, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- ◆ CARTÓN DE GRAMMONT, Hubert. “Algunas reflexiones en torno al mercado de trabajo en el campo Latinoamericano”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Núm. 1, 1992.
- ◆ CONAPO y Comisión Nacional del Agua. *Desigualdad Regional y Marginación Municipal en México, 1990*, México, noviembre 1994.
- ◆ CORONA VÁZQUEZ, Rodolfo. “Migración permanente interestatal e internacional, 1950-1990”, en *Comercio Exterior*, Vol. 43, Núm. 8, Agosto, 1993.
- ◆ GOICOCHEA, Julio. “Empleo y salarios en el sector agrícola”, ponencia presentada en el Congreso Nacional Políticas de Ajuste Estructural en el Campo Mexicano, Efectos y Respuestas, Querétaro, marzo, 1998.
- ◆ GÓMEZ CRUZ, Manuel Ángel y Felipe de Jesús Caraveo López. “La agromaquila hortícola: nueva forma de penetración de las transnacionales”, en *Comercio Exterior*, Vol. 40, Núm. 12, Diciembre 1990.
- ◆ HEWITT, Cynthia. “Introducción: Reestructuración económica y subsistencia rural”, en Cynthia Hewitt de Alcántara (comp.) *Reestructuración económica y subsistencia rural. El maíz y la crisis de los ochenta*. El Colegio de México-Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social, México, 1992.
- ◆ KEARNEY, Michael. “Integration of the Mixteca and the Western US-Mexico region via migratory wage labor”, en *Ina Rosenthal-Urey Regional impacts of US-Mexican relations*, Center for US-Mexican Studies, University of California, San Diego, 1986.
- ◆ LARA FLORES, Sara. “Las obreras agrícolas: un sujeto social en movimiento”, en *Nueva Antropología*, Vol. XI: 39, 1991.



- ◆ ————. "Mercado de Trabajo rural y organización laboral en el campo mexicano", en Hubert Carton de Grammont (coord.) *Neoliberalismo y organización social en el campo mexicano*, IIS-UNAM y Plaza y Valdés Editores, México, 1996.
- ◆ MARAÑÓN, Boris. "La agroexportación no tradicional de México y Perú", en *Comercio Exterior*, Vol. 47, Núm. 12, Diciembre 1997.
- ◆ MUÑOZ, Amparo. "La mujer jornalera en el Valle de Culiacán, Sinaloa. Un estudio de caso", en Antonieta Barrón y Emma Lorena Cifuentes (coord.), *op. cit.*
- ◆ NOLASCO, Margarita. *Migración indígena a las fronteras nacionales*. Centro de Ecología y Desarrollo, 1995.
- ◆ PACHECO C. LADRÓN DE GUEVARA, Lourdes. "Las cortadoras de tabaco en Nayarit". *Serie Documentos de Investigación*, Núm. 2, PIEM, El Colegio de México, México, 1992.
- ◆ PARÉ, Luisa; Irma Juárez G. y Gilda Salazar. *Caña brava. (Trabajo y organización social entre los cortadores de la caña)*, UNAM/UAM-Azcapotzalco, México, 1987.
- ◆ RUBIO, Miguel Ángel. "Las tendencias migratorias contemporáneas de los pueblos indígenas de México", ponencia presentada en el IV Coloquio Paul Kirchhoff, 19 al 23 de octubre de 1998, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- ◆ SEDESOL/PRONJAG. *Diagnóstico estadístico de Jornaleros Migrantes en campos agrícolas de Sinaloa. Temporadas 93-94, 94-95, 95-96*, 1997.
- ◆ ————. *Programa Intersectorial de Atención a Jornaleros Agrícolas, 1998*.
- ◆ SAGAR. *Anuario Estadístico de Producción Agrícola de los Estados Unidos Mexicanos, 1989-1996*. Versión automatizada.
- ◆ SÁNCHEZ MUÑOHIERRRO, Lourdes. "El tránsito perpetuo: los jornaleros migrantes", en *Acta Sociológica*, Vol. IV: 4-5, ene-ago, FCPyS/UNAM, México, 1992.
- ◆ SÁNCHEZ, Kim. *La migración de la Montaña de Guerrero. El caso de jornaleros estacionales en Tenextepango, Morelos*, Tesis de Maestría. ENAH, México, 1996.
- ◆ SÁNCHEZ, Kim y Jaime Jaramillo. *Jornaleros agrícolas y Migración familiar. Avances para el diagnóstico de zonas de atracción y de expulsión de población infantil, jornalera migrante*. Documento preparado para el Proyecto de "Diseño de un modelo de atención educativa a nivel primaria para niños y niñas jornaleros agrícolas migrantes", SEByN-SEP, México, julio de 1998.
- ◆ SEDESOL/UNICEF. *Jornaleros Agrícolas. Niños jornaleros en el Valle de San Quintín, Baja California*, México, Septiembre, 1994.
- ◆ SIFUENTES OCEGUEDA, Emma Lorena. *Los mercados de fuerza de trabajo agrícolas en Nayarit en el período 1970-1994 y la participación femenina*. Tesis de Maestría, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Economía, 1994.
- ◆ VANECKERE, Martine. "Situación de los jornaleros agrícolas en México", en *Investigación Económica*, Núm. 185, jul-sep, IIE/UNAM, México, 1988.

Sánchez Saldaña, Kim. “Los niños en la migración familiar de jornaleros agrícolas”, en Del Río, Norma (Coord.) (2000). *La infancia vulnerable de México en un mundo globalizado*, UAM-UNICEF, México, pp. 79-94.



- ◆ ZABIN, Carol. “US-Mexico economic integration: labor relations and the organization of work in California and Baja California agriculture”, en *Economic Geography*, Worcester, Jul. 1997, Vol. 73, pp: 337-355.
- ◆ ZULOAGA, Alberto; Salomón Salcedo; Antonieta Barrón y Alberto García. “Efectos de la Reforma jurídica y económica sobre el empleo en el sector agropecuario”, en *Cuadernos del Trabajo* Núm. 7, Secretaría del Trabajo y Previsión Social, 1994.